

EL ATRIBULADO Y VIOLENTO INICIO DEL SIGLO XX

Walter Astié-Burgos*

UNA CENTURIA REVOLUCIONARIA

El gran historiador británico Arnold Toynbee¹ señala que, hacia fines del siglo XIX y principios del XX, en la Europa que dominaba al mundo prevalecía la complaciente visión eurocéntrica de que ya se había alcanzado la etapa última y definitiva de la civilización. El viejo continente era el centro indiscutible del poder mundial y todo el sistema internacional giraba en torno a las decisiones, ambiciones, intereses, valores, cultura, ideas, etcétera, de sus metrópolis y de sus respectivos imperios coloniales. Todo estaba ya hecho y realizado, y así continuaría *per secula seculorum*: “en esa época la historia parecía haber alcanzado una situación estable, sustentada en la supremacía universal de occidente”.² En cierta forma se había llegado a un primer “fin de la historia” que, años más tarde y con igual ingenuidad proclamaría nuevamente Francis Fukuyama³ al finalizar la Guerra Fría. La “gran era del imperio”⁴ iniciada en el siglo XIX se prolongaría a lo largo del

* Embajador de carrera del Servicio Exterior Mexicano, profesor internacionalista y escritor.

¹ Arnold Toynbee, *La Grande Aventure de l'Humanité*, París/Bruselas, Elsevier Sequoia, 1977, pp. 5-7.

² *Ibidem*, p. 6.

³ Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

⁴ Eric Hobsbawm, *The Age of Empire 1875-1914*, Nueva York, Vintage Books, 1989.

XX y, gracias a ello, se continuaría viviendo la larga paz establecida por el Congreso de Viena reunido en 1815 en la capital austriaca, una vez que fue derrotado el revolucionario Napoleón Bonaparte. Stefan Zweig escribió sobre la transición de centurias: “Nunca fue Europa más fuerte, rica y hermosa. Entre 1900 y 1910 hubo más libertad, despreocupación y desenfado que en los cien años anteriores”.⁵ A los ojos del celebradísimo escritor austriaco, por todos lados cundía la confianza, el optimismo ciego en las posibilidades de Europa, en su fortaleza, en su futuro”.

Como reflejo natural de la enorme influencia global de los europeos, ese sentimiento triunfalista era compartido en otros rincones del mundo. Por ejemplo, en sus colonias y conforme a la pretendida “superioridad del hombre blanco” que tenía “la pesada carga” de civilizar a las “razas inferiores que aún no iniciaban la vía del progreso”,⁶ privaba la resignada noción de que estaban destinadas a seguir siéndolo para siempre. Ese pensamiento reinaba especialmente en las del formidable imperio británico, en el que vivía un cuarto de la población mundial (450 millones de personas) y ocupaba la quinta parte de la superficie terrestre del planeta. En otros países que desde tiempo atrás se habían emancipado del yugo colonial, como en el floreciente y próspero Estados Unidos, se permanecía al margen de los asuntos internacionales dominados por las potencias europeas, manteniéndose vigente la política “aislacionista” preconizada en el famoso discurso de despedida de 1796 de su primer presidente George Washington: “nuestra gran regla de conducta respecto a otras naciones es la de expandir nuestras relaciones comerciales pero teniendo con ellas los menores contactos políticos posibles. Hasta el momento hemos establecido compromisos que serán cumplidos con perfecta buena fe. Pero aquí nos detendremos”.⁷ La población de EUA confiaba en que seguiría disfrutando “su espléndido aislamiento” que la alejaba de los

⁵ Antonio López Vega, *1914, el año que cambió la historia*, México, Santillana Ediciones, 2014, p. 15.

⁶ Marc Ferro, *Histoire des Colonisations. Des conquêtes aux indépendances XIII-XX siècles*, París, Editions du Seuil, 1994, p. 31.

⁷ William A. Degregorio, *The Complete Book of US Presidents*, Nueva York, Wings Books, 1993, p. 12.

insidiosos conflictos y guerras europeas. De la misma forma, en México imperaba la larga *pax* porfiriana —caracterizada por el orden, la paz, el progreso, la mucha administración y la poca política— impuesta por Díaz desde que tomó el poder en 1876. Ésta igualmente sería perpetua, puesto que el gran garante de la misma era el “imprescindible” dictador vitalicio que no mostraba ninguna intención de dejar su augusto y absoluto poder.

En resumen, el siglo xx fue recibido con gran optimismo y con la plena certeza de que se transitaba hacia una nueva era de mayor paz, prosperidad y logros, que sería la lógica continuación de la glamorosa y alegre *Belle Époque* iniciada en el viejo continente en los últimos decenios del xix. Sin embargo, lejos, muy lejos se estaba de poder imaginar, visualizar o prever los brutales y radicales cambios que estaban por venir. En efecto, de golpe se comenzaron a registrar inesperados signos ominosos, como fueron las revoluciones sociales de México en 1910 y la bolchevique de Rusia en 1917, que anticiparon la mayor catástrofe global que trajo consigo la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. Ésta no sólo destruyó brutalmente ese orden internacional supuestamente eterno, sino que igualmente devastó a Europa, la hizo perder la supremacía que detentaba desde el siglo xvi, cobró la vida de más de 22 millones de personas y transformó al mundo para siempre. El paraíso terrenal de la dorada *Belle Époque* de la “paz y el progreso” trágica y sangrientamente se desmoronó ante el embate de la conflagración más pavorosa que la historia había conocido.

Si bien el sistema internacional siempre ha estado en un constante proceso evolutivo, las mutaciones que se iniciaron al comenzar el siglo xx fueron, por una parte, drásticas, radicales y violentas y, por la otra, desataron una espiral de cambios que ya sería imparable. Así, en el transcurso de dicha centuria la arquitectura mundial se alteró sustancialmente más de seis veces, pasando vertiginosamente de la estructura heredada del siglo xix, a la Primera Guerra Mundial; de ésta al funesto periodo de la posguerra llamado “la era de las grandes catástrofes”; de ése a la segunda hecatombe global; de ahí a la Guerra Fría, y finalmente a nuestra actual posguerra fría. Consecuentemente, de 1914 a 1989 no sólo se vivió un prolongado periodo de guerra, sino que la humanidad estuvo sujeta a constantes alteraciones que la transformaron profun-

damente. Por lo anterior, se considera que el xx fue, en toda la extensión de la palabra, una centuria “revolucionaria”⁸ que comenzó con las mencionadas revoluciones de México y de Rusia.

El gran antecedente de ese proceso de continuas mutaciones fueron las dos grandes revoluciones ocurridas en los siglos anteriores. La primera de ellas fue la de carácter económico y tecnológico que se inició en la Gran Bretaña hacia fines del siglo xviii: la Revolución Industrial. La segunda fue de naturaleza política y se desató como resultado de la Revolución Francesa que tuvo lugar a partir de 1789. Ambas tuvieron un alcance mundial, modificaron al planeta y propulsaron una frenética modernización que seguimos experimentado hasta nuestros días.

Cuando aparecieron esas dos grandes revoluciones que trazaron el curso de la historia fueron resistidas y tratadas de frenar, ya que necesariamente atentaban contra el *status quo* favorable a enraizados intereses políticos y económicos. Ese principalmente fue el caso de la Revolución Francesa dirigida contra los tradicionales regímenes monárquicos y autocráticos de Europa. El producto más acabado de dicha revolución, Napoleón Bonaparte, fue el encargado de llevar a todos los rincones del viejo mundo sus ideales de “libertad, fraternidad e igualdad” y de respeto a los derechos del ciudadano y del hombre, pero tras conquistar prácticamente a todo el continente, acabó siendo derrotado por la séptima coalición que se forjó en su contra en la famosa batalla de Waterloo de 1815. A pesar de la derrota, de que en todos los países que había sometido se restablecieron los regímenes absolutistas —incluyendo la propia Francia— y de que el Congreso de Viena delineó un nuevo orden europeo —y por ende mundial— de marcado acento conservador destinado a evitar todo nuevo intento revolucionario, sus ideales libertarios y de cambio no desaparecieron. En efecto, el periodo conocido como la gran “era de la revolución” iniciado en 1789 con la Revolución Francesa se prolongó hasta 1917,⁹ y durante el mismo se enfrentaron sanguinariamente los que aspiraban a mantener el *status quo* contra los que deseaban modificarlo.

⁸ Gabriel Tortella, *La Revolución del Siglo xx: capitalismo, comunismo y democracia*, Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, 2000.

⁹ Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution: 1789-1848*, Nueva York, Vintage Books, 1996, p. 53.

A esa imparable pugna se sumaron las alteraciones impulsadas por la Revolución Industrial que, poco a poco, se fue trasladando de Inglaterra a los demás países del continente. Ésta igualmente fue resistida por muchos que, con justificado temor, la vieron como un latente peligro para su posición de privilegio y poder. Así, por ejemplo, en el ancestral y ultra conservador Imperio Austro-Húngaro, el káiser Francisco I (1768-1835) se opuso obstinadamente a la industrialización y al avance tecnológico, prohibiendo la construcción de nuevas fábricas y vías férreas bajo el argumento de “que con ello la revolución llegaría al país”.¹⁰ El caso de otro de los grandes imperios autocráticos, el ruso, fue semejante, pues los zares temían que la creación de una economía moderna trajera consigo cambios sociales. El zar Nicolás I (1796-1855) llegó a decir que lejos de que la modernización pudiera beneficiar a los empobrecidos trabajadores, éstos necesitaban “una supervisión enérgica y paternal; sin ella, esa masa de personas poco a poco se corromperá y, al final, se convertirá en una clase tan miserable como peligrosa para sus señores”.¹¹ Prohibió abrir nuevas fábricas, pues cualquier concentración de obreros era peligrosa, y la construcción de nuevos ferrocarriles porque eran “un objeto de necesidad o lujo artificial que fomentan el viaje innecesario de un lugar a otro”.¹² En el también ancestral y reaccionario Imperio Otomano, la imprenta estuvo prohibida por siglos, de manera que todavía en el siglo XIX los pocos libros religiosos cuya publicación estaba permitida eran copiados a mano por escribas profesionales. Como la lógica política de sus autoritarios gobernantes era que “los libros propagaban ideas y hacían que la población fuera mucho más difícil de controlar”, en dicha centuria sólo entre 2 y 3 por ciento de la población del inmenso Imperio Otomano sabía leer y escribir.¹³ En la teocrática Roma papal privó esa misma visión anacrónica y despótica: el Papa Gregorio XVI (1765-1846) se opuso a la libertad de conciencia y de prensa, a la separación de la Iglesia y el Estado, prohibió la construcción de vías férreas en los estados pontificios (a las que llamo “vías del

¹⁰ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Ediciones Culturales Paidós, 2012, p. 260.

¹¹ *Ibidem*, p. 272.

¹² *Ibidem*, p. 273.

¹³ *Ibidem*, p. 257.

infierno”) y el alumbrado público.¹⁴ Su sucesor, Pio IX (1792-1878), fue uno de los pontífices más reaccionarios de la historia que “publicó el ‘Syllabus de los Errores’ que condenó las más importantes innovaciones del mundo moderno”.¹⁵ No fue de extrañar, en consecuencia, que el revolucionario proceso de cambio que llegó con el siglo xx liquidara esas entidades políticas premodernas, pues los viejos imperios Otomano, Austro-Húngaro, Ruso y el Papado fueron avasallados por rivales o movimientos más progresistas, dinámicos y adelantados.

Como parte de todas las trasmutaciones que ocurrieron durante el paso de un siglo a otro, acaeció uno de gran importancia geopolítica que minó las bases del balance establecido por el Congreso de Viena. A diferencia de otros pueblos europeos, el alemán no había podido alcanzar la unidad nacional y convertirse en un gran Estado nacional como lo hicieron desde el siglo xvi Francia, España, Portugal o Inglaterra. Por siglos, Alemania existió fragmentada en múltiples reinos, principados, señoríos y ciudades libres bajo el medieval esquema del Sacro Imperio Romano Germánico de Occidente, hasta que Napoleón Bonaparte lo desapareció y, en su lugar, fundó nuevas entidades como la Confederación del Rin y el Reino de Westfalia. Empero, sus vencedores reunidos en el citado Congreso de Viena establecieron la nueva organización político-administrativa de la Confederación Germana compuesta por 38 entidades y presidida por el Imperio Austro-Húngaro, con lo que nuevamente se pospuso la unificación de Alemania.

LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA

En el transcurrir de la segunda mitad del siglo xix una de esas 38 entidades, el Reino de Prusia dirigido por Guillermo I y el Canciller de Hierro, Otto von Bismark, logró convertirse en una potencia y en la potencial fuerza aglutinadora de todos los alemanes en un solo Estado nacional. Como para alcanzar dicho objetivo se tenían que vencer re- ticencias externas, Guillermo I y su canciller condujeron tres exitosas

¹⁴ Richard P. McBrien, *The Lives of the Popes. The Pontiffs from St. Peter to John Paul II*, Nueva York, Harper San Francisco, 1997, p. 336.

¹⁵ *Ibidem*, p. 343.

guerras que eliminaron cualquier obstáculo a su ambicioso proyecto. La primera fue contra la pequeña Dinamarca en 1864; la segunda tuvo lugar en 1866 contra el imperio austriaco, y la tercera contra el imperio francés de Napoleón III, quien, como fue derrotado aparatosamente en las batallas de Metz y Sedan, fue destituido por quienes establecieron la Tercera República. Para obtener la rendición del nuevo gobierno, las tropas alemanas sitiaron París y, paralelamente, sus dirigentes se trasladaron al Palacio de Versalles donde, el 18 de enero de 1871, proclamaron la unificación de Alemania, la creación del poderoso Imperio Alemán y la ascensión de Guillermo al rango de emperador del mismo (káiser). El resentimiento galo por la derrota y la invasión en la guerra franco-prusiana creó una duradera animadversión hacia los alemanes que sería una de las tantas causas que condujo a la guerra mundial. La aparición del poderoso Imperio Alemán no sólo alteró el balance geopolítico en Europa, sino en otras partes del mundo, ya que en la Conferencia de Berlín de 1884-1885 obtuvo las colonias de Togo, Camerún, Tanganica y Namibia en África, construyó una impresionante flota naval que rivalizaba con la muy poderosa de la Gran Bretaña, y su desbordante nacionalismo se encaminó hacia la meta de convertirse en potencia mundial. Este último objetivo sería la causa fundamental que provocó la Primera Guerra Mundial en 1914.

Alemania llevaba años preparándose para una guerra, construyendo una armada capaz de rivalizar con la inglesa, poniendo a punto su ejército y planificando las campañas. ¿Por qué quiso Alemania esta guerra? La razón es sencilla: porque ambicionaba ser la potencia hegemónica en Europa, porque sus clases gobernantes, con el káiser a la cabeza, querían combatir y estaban convencidas de la victoria, y porque la historia reciente de Prusia y Alemania marcaban el ejemplo a seguir.¹⁶

La chispa que encendió los combustibles que por largo tiempo se habían acumulado y que desató una reacción en cadena por las alianzas políticas y militares existentes en Europa fue el asesinato del archiduque y heredero al trono de Austria, Francisco Fernando, en Sarajevo,

¹⁶ Gabriel Tortella, *op. cit.*, pp. 80-81.

capital de la provincia austriaca de Bosnia-Herzegovina, el 28 de junio de 1914 por el ciudadano serbio Gavrilo Princip. Austria declaró la guerra al gobierno serbio; Rusia se la declaró a Austria por estar aliada a Serbia; la aliada de Austria, Alemania, se la declaró a Rusia y también a Francia, que estaba asociada con los rusos, y procedió a invadir la neutral Bélgica para atacar a los franceses. La garante de la neutralidad belga, Inglaterra, se vio forzada a declarar la guerra a Alemania y los demás países que estaban vinculados a la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia) o a la Triple Alianza (Alemania, Austria y el Imperio Otomano) son arrastrados a la conflagración. De esta forma, las grandes potencias lograron

transformar una crisis balcánica de carácter secundario, en una guerra mundial. La disputa con Serbia había conducido, en la otra orilla de Europa, a la invasión de Bélgica, lo que a su vez hizo inevitable la entrada de la Gran Bretaña [y de su inmenso imperio colonial] en la guerra. En forma por demás irónica, cuando las batallas más decisivas tenían lugar en el frente occidental, las tropas austriacas aún no habían iniciado la ofensiva contra Serbia.¹⁷

Cuatro años antes, en 1910, el proceso de cambios violentos se había iniciado con el estallido de la Revolución en México. Aunque ello esencialmente obedeció a causas internas y fue un problema focalizado completamente ajeno a la pugna europea de 1914, por las diversas razones que se destacarán a continuación, irremediablemente fue vinculado con la misma, viéndose forzado a confrontar uno de los episodios más arduos de la muy atribulada historia de nuestras relaciones externas.

APOTEOSIS Y DERRUMBE DEL PORFIRIATO

El eternizado gobierno de Porfirio Díaz (ocupó la presidencia en nueve ocasiones) alcanzó su cenit en 1910 pero, paradójicamente, en ese mismo año se inició el declive que lo condujo al ocaso. Su apoteosis tuvo lugar con gran espectacularidad durante la conmemoración del centenario de la Independencia de España en ese mismo año, con la que

¹⁷ Henry Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994, p. 216.

igualmente se festejaban los 80 años del dictador y sus “primeros 30 años de gobierno”, puesto que nuevamente se reeligió. Imitándose a las poderosas naciones europeas de los años de la *Belle Époque* que imponían la moda, los usos y las costumbres del momento, esos acontecimientos fueron festejados en grande. Se inauguraron los emblemáticos monumentos del Ángel de la Independencia, el Hemiciclo a Juárez, el de Cristóbal Colón y el de Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, así como la Castañeda, las bombas de agua de la Condesa, etcétera, y se dispuso que en toda la República se inaugurara alguna obra civil. Con ello se buscaba dejar una huella indeleble del progreso, modernización y estabilidad que el país había alcanzado gracias a la paz porfiriana. Para agasajar a las delegaciones extranjeras que atendieron la invitación del creador del México moderno, se realizó un gran desfile histórico el día 15 de septiembre y uno de carácter militar el día 16 en el que participaron contingentes de varias naciones. Se organizó un concurrido y multitudinario *garden party* en el bosque de Chapultepec, así como un suntuoso baile de gala en el Palacio Nacional, al que asistieron cinco mil invitados, que para la ocasión se iluminó con 40 mil bombillas eléctricas. Dichas delegaciones enviadas por las grandes potencias y por las que no eran tan grandes obsequiaron al jerarca mexicano suntuosos regalos y resplandecientes condecoraciones,¹⁸ patentizándose de esa forma el reconocimiento, el respeto y la admiración que internacionalmente se tenía por la gran obra civilizadora de quien el secretario de Estado del presidente Teodoro Roosevelt y Premio Nobel de la Paz, Elihu Root, calificó como “uno de los más grandes hombres que debe ser alabado como héroe de la humanidad”.¹⁹

Empero, en ese mismo año Francisco I. Madero convocó a un levantamiento generalizado para el 20 de noviembre, con lo que se inició la Revolución que puso en evidencia las verdaderas realidades, condiciones y tragedias del país, que la eficiente propaganda oficial había maquillado y disimulado. Lo que precipitó el levantamiento, contradictoriamente, formó parte de la hábil campaña de prestigio e imagen

¹⁸ Walter Astié-Burgos, *Los siglos y las ciudades de Elena*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2009, pp. 157-169.

¹⁹ Frederick Starr, *Mexico and the United States: a Study of Revolution, Intervention and War*, Chicago, The Bible House, 1914, p. 86.

conducida por el gobierno, puesto que el propio general Díaz abrió la caja de Pandora con las declaraciones que en 1907 formuló al periodista estadounidense James Creelman, publicadas en 1908 en el *Pearson's Magazine*.²⁰ Como éste vino recomendado por el candidato a la presidencia Woodrow Wilson, el dictador decidió enviar por su conducto un mensaje tranquilizador a quienes en el país vecino criticaban su prolongada permanencia en el poder, declarándole que el pueblo mexicano ya estaba preparado para la democracia, que se retiraría en 1910, y que vería con agrado la formación de un partido de oposición. Sus afirmaciones, hechas con fines de exportación, tuvieron un efecto de búmerang, pues como fueron tomadas en serio por Madero, publicó su libro *La sucesión presidencial en 1910* en el cual se manifestó por el fin de la simulación democrática, por la efectividad del sufragio, por la no reelección y la creación de un partido antirreeleccionista que contendría en las elecciones de 1910.²¹ Como Díaz no cumplió con lo dicho, puesto que en ese año se volvió a reelegir, Madero incitó a la acción revolucionaria; tomaron las armas Abraham Gonzales, Francisco Villa, Emiliano Zapata, Pascual Orozco, etcétera. Esta primera etapa de la Revolución Mexicana acabó forzando al dictador a renunciar a la presidencia en mayo de 1911 y a exilarse en Europa.

MADERO Y LAS GRANDES POTENCIAS

En los comicios de noviembre de ese mismo año fue electo el gran héroe del momento, Francisco I. Madero, pero su llegada a la primera magistratura no aplacó la inestabilidad política y social que él mismo promovió para echar fuera a Díaz, ya que tres distintos grupos no tardaron en hacer patente su descontento con el nuevo gobierno. Por una parte y como podía esperarse, los porfiristas estuvieron inconformes con el nuevo estado de cosas en el que estaban perdiendo las posiciones y privilegios anteriores. Paradójicamente, quienes secundaron a Madero para derrocar a Díaz tampoco estuvieron conformes por considerar

²⁰ Nemesio García Naranjo, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Letras, 1970, p. 272.

²¹ Walter Astié-Burgos, *Encuentros y desencuentros entre México y Estados Unidos en el siglo XX. Del Porfiriato a la posguerra fría*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007, p. 80.

que, a pesar de la partida del dictador, el Porfiriato no había terminado porque no se habían introducido las reformas que esperaban para satisfacer sus legítimos reclamos políticos, económicos y sociales. El propio secretario de Relaciones Exteriores maderista, Manuel Calero y Sierra, escribió lo siguiente:

No estábamos, por cierto, en un lecho de rosas. Había desórdenes e inseguridad en grandes secciones del país, y teníamos que habérnoslas con frecuentes rebeliones armadas. La fuerza moral del Presidente no era ya la que tenía al triunfo de la revolución, pues aun cuando su popularidad sigue siendo grande, en el fondo su prestigio había sufrido mucho en el periodo del interinato, durante el cual sus actos estuvieron sujetos a implacables críticas. La misma prensa maderista o revolucionaria atacaba con acrimonia a varios ministros y contribuía con ello a formarle al gobierno una atmósfera hostil. Por último, en el ejército se notaban síntomas de desafección.²²

El tercer grupo fue de algunos diplomáticos de importantes potencias, quienes tanto resintieron perder las prerrogativas y trato obsequioso que el régimen porfirista había dispensado a los intereses que representaban, como estaban alarmados por la falta de seguridad que afectaba a los capitales, las empresas y los ciudadanos de sus respectivos países. Esa misma coyuntura que consideraban desfavorable, sin embargo —como se mencionará más adelante—, también comenzó a ser vista por algunos de ellos como una oportunidad para involucrar a México en los proyectos hegemónicos de sus gobiernos. Quien principalmente criticó abiertamente la errática gestión de Madero fue el embajador del presidente William Taft de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, mismo que en todo momento contó con la “simpatía y consejo”²³ del contralmirante Paul von Hintze, embajador del Imperio Alemán. Lane Wilson, en tanto decano del cuerpo diplomático, comenzó a actuar no sólo como representante de su país, sino como líder y vocero de todos sus colegas. Pero como su no autorizado excesivo protagonismo mo-

²² Cecilia Villanueva, “Manuel Calero y Sierra”, en *Cancilleres de México 1910-1988*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Talleres Gráficos de la Nación, 1993, t. II, p. 13.

²³ Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Ediciones Era, 1993, t. II, pp. 122-123.

lestó a varios de ellos, no logró “obtener el apoyo de los diplomáticos de América Latina” y decidió crear “un comité de representantes de las principales potencias incluyendo a Alemania, España y Gran Bretaña. A pesar de sus protestas, el encargado de negocios francés, [Víctor] Ayguesparse, fue excluido de las actividades de dicho comité a petición de Wilson, por razones no bien conocidas”.²⁴ Contando con el aval de “su comité”, el 9 de febrero de 1913 se entrevistó con el secretario de Relaciones Exteriores con el fin de exigirle, a nombre de todo el cuerpo diplomático, la debida protección de los extranjeros residentes en el país. El día 11, Wilson, von Hintze y el embajador de España, Jacinto de Cologan y Cologan, visitaron a Madero para hacerle la misma demanda y amenazar con una intervención militar si la vida de los extranjeros no se garantizaba satisfactoriamente. Finalmente, Cologan, “dispuesto siempre a complacer a su colega yanqui”,²⁵ se reunió de nueva cuenta con Madero para pedirle, de forma arbitraria y totalmente improcedente, “renunciar a la presidencia del país”²⁶ por su evidente incapacidad para gobernarlo. Amén de rechazar firmemente la descarada injerencia en los asuntos internos de la nación, Madero envió una carta confidencial al recientemente electo presidente Woodrow Wilson, solicitándole retirara a su embajador, quien por su reprobable e intrusiva conducta se había convertido en persona *non grata*. Lo anterior obviamente contribuyó a crear más tensión en las relaciones entre el gobierno y el grupo que lideraba Lane Wilson, pero como la cancillería estadounidense no quiso removerlo antes de que el nuevo mandatario ocupara oficialmente la Casa Blanca, el diplomático tuvo oportunidad de emprender acciones más drásticas.

En vista de que sus métodos “suaves” no surtieron los efectos deseados, recurrió a uno más “duro” promoviendo un golpe de Estado encabezado por los generales porfiristas Bernardo Reyes y Félix Díaz, éste último sobrino del exdictador. Por sus acciones subversivas ellos habían sido encarcelados —en prisión fueron visitados por Lane Wilson—

²⁴ Pierre Py, *Francia y la Revolución Mexicana 1910-1920*, México, FCE, 1991, p. 92.

²⁵ Manuel Marcos Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, México, SEP/INEHRM, 2013, p. 488.

²⁶ Carlos Llanes (comp.), *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, pp. 23-24.

hasta que fueron liberados por el también conspirador general Manuel Mondragón. Acto seguido, atacaron el Palacio Nacional para deponer a Madero; en el asalto murieron Bernardo Reyes y el general Lauro Villar que tenía el mando de la fuerzas que defendieron el recinto presidencial. Al ser repelidos, los atacantes se refugiaron en el cuartel y depósito de armas de la Ciudadela, iniciándose la batalla campal de la Decena Trágica que se prolongó del 9 al 18 de febrero de 1913. Pese a las advertencias de muchos, el presidente Madero cometió el grave error de remplazar al fallecido general Villar por Victoriano Huerta, quien también formaba parte de la conspiración, como comandante de las fuerzas del Palacio Nacional. Explicablemente, las acciones del general Huerta para supuestamente someter a los sublevados de la Ciudadela fueron un mero simulacro, hasta que el día 18 apresó a Madero, al vicepresidente José María Pino Suárez y a otros funcionarios.

Comunicación de Huerta a Lane Wilson del 18 de marzo de 1913

Sr. Embajador de los Estados Unidos de América: El Presidente de la República y sus Ministros los tengo en mi poder, en el Palacio Nacional, en calidad de presos. Este acto mío ruego a S. E. se sirva interpretarlo como la manifestación más patriótica del hombre que no tiene ambiciones más que servir a su patria. Sírvase Su Excelencia interpretarlo en la forma que respetuosamente le suplico. No tiende más que a asegurar la paz en la República y asegurar los intereses de sus hijos y los de las diversas colonias extranjeras que tantos beneficios nos han proporcionado. Saludo a usted suplicándole con el mayor respeto, se sirva poner en conocimiento de S. E. el Señor Presidente Taft todo lo que he tenido la honra de exponer a usted en esta nota. Igualmente tengo la honra de suplicar a usted se sirva dar aviso correspondiente a las diversas legaciones que se hallan en esta capital. *Si Su Excelencia pudiera hacerme la gracia de dar aviso a los rebeldes que se hallan en la Ciudadela, sería un nuevo motivo de agradecimiento del pueblo de toda la República hacia usted* y hacia el siempre glorioso pueblo americano. Con el respeto de siempre, quedo de su Excelencia su afectísimo V. Huerta.²⁷

²⁷ Manuel Marcos Sterling, *op. cit.*, p. 471. El párrafo fue subrayado por el autor, no sólo porque el mismo deja ver el grado de involucramiento que Lane Wilson tuvo con los conspiradores, sino principalmente porque ilustra el nivel de servil dependencia que éstos tuvieron con el diplomático.

Horas más tarde del mismo 18, el traidor Huerta se reunió en la embajada estadounidense con Lane Wilson y Félix Díaz para ultimar los detalles del golpe de Estado, firmándose el Pacto de la Ciudadela —que en realidad fue el Pacto de la Embajada— mediante el cual se formalizó la destitución de Madero y se decidió que Huerta ocupara provisionalmente la presidencia en tanto se celebraban nuevas elecciones, en las que se presentaría la candidatura de Díaz. Al grupo de diplomáticos extranjeros que fueron convocados —¡a la propia embajada estadounidense!— para informarles sobre el abrupto rompimiento del orden constitucional que tuvo lugar horas antes, Wilson dijo:

Señores, los nuevos gobernantes de México someten a nuestra aprobación el Ministerio que van a designar, y yo desearía que si ustedes tienen alguna objeción que hacer, la hagan para transmitirla a los señores Huerta y Díaz, que esperan en el otro salón. Con esto demuestran el deseo que les anima de marchar en todo de acuerdo a nuestros respectivos gobiernos, y así creo que la paz en México está firmemente asegurada.²⁸

El encargado de negocios de Francia, Víctor Ayguesparse, comunicó a su cancillería lo siguiente:

No creo que sea exagerado decir que si el general Huerta y el general Díaz se han puesto de acuerdo, ello lo deben al embajador de Estados Unidos. Wilson, por otra parte, no ha disimulado su intervención y no ha ocultado que por fin ha llegado el momento de encerrar a Madero en un manicomio y dar a México un nuevo gobierno. Al decirme lo anterior, el embajador no pudo impedir dejarme entender que ese gobierno sería naturalmente un gobierno suyo.²⁹

En tanto el 22 de febrero se ofrecía una recepción en la legación estadounidense para conmemorar el natalicio de George Washington, a la que obviamente asistieron los nuevos mandatarios del país; Madero y Pino Suárez fueron trasladados del Palacio Nacional a la penitenciaría

²⁸ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1960, p. 289.

²⁹ Pierre Py, *op. cit.*, p. 93.

de Lecumberri, donde al descender del automóvil que los transportó fueron arteramente acribillados. Las peticiones de la familia de Madero y de los embajadores de Cuba, Chile y Japón para que se respetara su integridad física y se les permitiera salir del país fueron ignoradas. El embajador de Cuba, Marcos Sterling, que fue testigo presencial de estos trágicos acontecimientos, dejó esta constancia:

¿Pueden volverse del revés los hechos consumados? ¿No es dable embadurnar a capricho la fea realidad? El diplomático, a guisa de Mr. Wilson, ha de ser, ante todo, un espíritu limpio de todo romanticismo, corazón helado, talento práctico, olfato experto en olores de conveniencia. El dictamen del yanqui era éste: Madero preso y Huerta dispuso: Madero muerto. ¿Hay motivo para increpar al filósofo en la persona del inmune Embajador? Audacia la de Huerta, beber champaña a las ocho en la Embajada en homenaje al natalicio de Jorge Washington, y a las once verter la sangre de Madero y Pino Suárez.³⁰

Con palabras menos diplomáticas y poéticas, el diputado Luis Manuel Rojas fue más contundente: “Yo acuso a *mister* Henry Lane Wilson, embajador de Estados Unidos en México, ante el honorable criterio del honorable gran pueblo americano, como responsable moral de la muerte de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.”³¹

El magnicidio no sólo despertó una explicable ola de sentimientos antinorteamericanos, sino que principalmente desató la segunda etapa de la Revolución al registrarse nuevos levantamientos en todo el país a cargo de Venustiano Carranza, Pablo González, Pascual Orozco, Álvaro Obregón, Francisco Villa, Emiliano Zapata, etcétera, en contra de la descarada usurpación de la presidencia por Huerta, al que con toda justicia se le bautizó como “el Chacal”.

EL PRESIDENTE WOODROW WILSON Y MÉXICO

La llegada a la Casa Blanca del demócrata Woodrow Wilson en 1913 implicó un cambio sustancial en la política exterior de Estados Unidos,

³⁰ Manuel Marcos Sterling, *op. cit.*, p. 567.

³¹ Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 302.

puesto que se propuso alejarla del tradicional apoyo a los intereses económicos del país y darle un contenido más moral y ético basado en los principios cristianos de la obligación, el servicio y la rectitud. Aunque ese propósito tendía a modificar la conducta externa, en cualquier forma Wilson no quiso, o no pudo, abandonar la defensa a ultranza de los poderosos intereses corporativos de su nación, pues él mismo afirmó que “dado que el fabricante insiste en tener al mundo por mercado, la bandera de su nación lo ha de seguir, y las puertas de los países que se les cierran deberán ser echadas abajo. Las concesiones logradas por los financieros deben ser salvaguardadas por los ministros del Estado, incluso si la soberanía de las naciones renuentes se ve conculcada”.³² En suma, tanto asumió posiciones moralistas y apegadas a principios del Derecho Internacional, como utilizó frecuentemente las armas. “Wilson no fue un hombre que rechazara recurrir a la fuerza cuando creía, como siempre lo creyó, que la justicia moral estaba de su lado”.³³ Esa dualidad de propósitos y métodos se reflejó claramente en las acciones que adoptó frente a los problemas que confrontó en México.

En una primera instancia, el nuevo mandatario reprochó la actuación del embajador Lane Wilson y lo retiró de México en julio de 1913, no reconoció al ilegítimo gobierno del “Chacal” y se propuso presionarlo para que dejara la presidencia. Con este último propósito envió a México, en calidad de agente confidencial, a John Lind, exgobernador de Minnesota, para convencerlo de que renunciara y convocara a elecciones, en las cuales no debería participar. Como se rehusó, comenzó a aplicar medidas más extremas como la toma del puerto de Veracruz el 21 de abril de 1914. Esa decisión, de manera fundamental, tuvo el cometido de presionarlo militarmente para que dimitiera, pero igualmente estuvo destinada a impedir que un importante cargamento de armas y municiones (200 ametralladoras y 15 000 cargas de municiones)³⁴ comprado por Huerta llegara a su destino. Dicho cargamento

³² John Mason Hart, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial, 1991, pp.387-388.

³³ Paul Johnson, *History of the American People*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997, p. 538.

³⁴ *De la intervención diplomática a la invasión armada: México frente a Estados Unidos durante 1914*, México, Secretaría de la Marina-Armada de México/INEHRM, 2014, p. 273.

fue adquirido en la frontera a través del intermediario León Raast, que se desempeñaba como vicecónsul de Rusia, pero como desde el año anterior estaba prohibida la venta de armas a Huerta, para encubrir la compra ilegal se envió al puerto ruso de Odesa, de ahí al de Hamburgo en Alemania y, finalmente, a Veracruz en el barco germano Ipiranga. Estando al tanto de la maniobra, Washington aprovechó el incidente que se suscitó en el puerto de Tampico para impedir que llegara a su destinatario. El 9 de abril ocho tripulantes del barco ballenero estadounidense Dolphin desembarcaron para comprar combustible, pero como en esos momentos “se libraba una fuerte batalla entre los defensores federales del puerto y los constitucionalistas” y no estaba permitido “el desembarco de tropas extranjeras, fueron bajados de su embarcación y arrestados hora y media por la marina nacional”. Aunque se dio una disculpa por el incidente y se les dejó en libertad, de cualquier forma se exigió “un acto de desagravio a la bandera”³⁵ de las barras y las estrellas, lo que fue rechazado por Huerta y dio el pretexto para proceder a la ocupación de Veracruz.

Sin mediar una declaración de guerra previa, el 9 de abril desembarcaron de los navíos que habían atracado en el puerto los primeros marines (llegaron a ser 6 000 de ellos) para apoderarse de diversos puntos estratégicos y asegurar el control del mismo, principalmente de la aduana donde bajaría su cargamento el Ipiranga. Para evitar una confrontación abierta que iniciara una guerra entre los dos países, Huerta ordenó el repliegue de sus fuerzas, de manera que la defensa quedó a cargo de la policía municipal, de algunos civiles, de prisioneros que se dejaron en libertad (“los rayados”) y de cadetes de la Escuela Naval. En la desigual refriega callejera que tuvo lugar destacó la valiente actuación de los jóvenes cadetes José Azueta (de 19 años) y Virgilio Uribe (de 18 años) que perecieron. El puerto fue tomado después del asalto y de un intenso bombardeo de los barcos estadounidenses, por lo que Huerta rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno de su declarado enemigo. Aunque la drástica actuación de Wilson beneficiaba a Venustiano Carranza porque estaba dirigida contra Huerta, tuvo que repoblarla, pues como precisó don Isidro Favela: aunque se recibió

³⁵ *Ibidem*, p. 5.

una nota del Secretario de Estado del gobierno americano en la cual le daba una explicación a los constitucionalistas sobre las causas que originaron el desembarco de las fuerzas extranjeras y manifestando explícitamente y con toda cortesía que aquel acto iba dirigido única y exclusivamente contra Victoriano Huerta y los suyos, pero de ninguna manera contra el pueblo mexicano ni contra los constitucionalistas, [de cualquier forma,] Carranza no podía estimar la ocupación de Veracruz como una represalia únicamente contra el traidor Huerta y sus partidarios, puesto que tal hecho atacaba la soberanía de nuestra nación, que no era de la pertenencia de Huerta, sino de toda la República y de todos los mexicanos.³⁶

Dado que la aguerrida conducta de Wilson mayormente complicó el panorama doméstico y enturbió las relaciones bilaterales, Washington decidió intentar una mediación pacífica, máxime que fue muy criticado en los propios Estados Unidos.

Los argumentos del presidente Wilson de velar por la democracia en México y de que no era una guerra contra sus habitantes, sino en contra del gobierno usurpador de Huerta, fueron una falacia. La invasión a Veracruz acarrió los ataques de la prensa nacional e internacional, y como dice Arthur Link ‘a los ojos del mundo civilizado Wilson apareció ridículo’ al provocar una guerra por una cuestión absurda de honor.³⁷

Sabiendo de antemano que las partes en conflicto difícilmente aceptarían la mediación de un gobierno que invadió el territorio nacional y lo ocupó, se echó mano de las tres naciones sudamericanas que formaban parte del Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje, que precisamente tenía el propósito de facilitar esas gestiones frente al continuo intervencionismo de Estados Unidos en los asuntos del hemisferio occidental. Esas naciones, Argentina, Brasil y Chile, fueron invitadas por Washington a designar representantes para conducir una mediación diplomática, las cuales nombraron para tales efectos a sus respectivos embajadores residentes en la capital estadounidense, seleccionándose como sede neutral de las mismas el poblado canadiense de Niágara

³⁶ Fernando Serrano Migallón (coord.), *Con certeza y visión: Isidro Fabela y su tiempo*, México, FCE, 2000, p. 264.

³⁷ *De la intervención diplomática... op. cit.*

Falls. Las reuniones tuvieron lugar del 18 de mayo al 12 de junio de 1914 y recibieron el nombre de Conferencias ABC, pero como la supuesta mediación, conducida bajo la presión de Estados Unidos, fundamentalmente estuvo destinada a forzar la renuncia de Huerta, a que se acordara la suspensión de las hostilidades y se convocara a nuevas elecciones como requisitos para el retiro de las tropas norteamericanas de Veracruz, fracasó. La razón esencial de ello fue que se trató de una nueva injerencia en los asuntos de México y no de una verdadera mediación para que las partes involucradas llegaran a un acuerdo, entre ellas y por sí mismas. Los representantes de Carranza mantuvieron firme su posición de no pactar nada con Huerta, de exigir su renuncia incondicional, y la inmediata evacuación de las tropas extranjeras de Veracruz. Los delegados de Huerta, por su parte, no accedieron a que el dictador dimitiera. Para disfrazar el fracaso, la infructuosa gestión concluyó con la aprobación de un protocolo declarativo de buenas intenciones de carácter general, sin valor práctico alguno.

LOS PLANES DEL IMPERIO ALEMÁN

El apoyo brindado por Berlín para la caída de Madero y su sustitución por Huerta no sólo obedeció a la intención de recuperar la posición privilegiada que sus empresas, banqueros y ciudadanos habían disfrutado durante el Porfiriato y propiciar el restablecimiento de la paz necesaria para que siguieran prosperando. En efecto, desde que el káiser Guillermo II planeó conducir una guerra en Europa para afianzar la supremacía germana en el viejo continente y a nivel mundial —lo que inevitablemente conduciría a una confrontación con la Gran Bretaña, que era la primera potencia del orbe—, surgió la preocupación con respecto a la posición que Estados Unidos adoptaría, en especial que entrara a la guerra en apoyo de Inglaterra. Por tales motivos se concibió la siniestra estrategia de provocar un choque bélico entre Estados Unidos y México —y de ser posible también con Japón— que impidiera a los estadounidenses respaldar o aliarse con Gran Bretaña. Para lograrlo resultaron muy propicias las tensiones surgidas entre las dos naciones a raíz de la caída de Porfirio Díaz, del derrocamiento de Madero y de la toma de Veracruz en 1914. “Yo había estudiado

—escribió el espía alemán Franz von Rintelen— la situación de la política exterior de Estados Unidos, y comprendí que el único país del que esos tenían que temer, era de México. Si México atacaba a Estados Unidos, necesitarían todas las armas que pudieran producir y no estarían en condiciones de exportarlas a Europa.”³⁸

Como parte de esa estrategia, los alemanes condujeron una intensa propaganda y un hábil ejercicio de relaciones públicas para allegarse la simpatía de las élites y de la opinión pública, utilizando el válido argumento histórico de que Alemania nunca había agredido a México, como sí lo habían hecho Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Para ello se valieron de la colonia alemana residente en el país, de la prestigiosa casa ferretera Boker que tenía 30 sucursales en toda la República, y fundaron la Asociación de Miembros del Imperio Alemán en México (Verband Deutscher Reichsangehöriger in Mexico), el Servicio Alemán de Información en México, la agencia noticiosa Transocean, la asociación Kulture y la Sociedad de la Cruz de Hierro que llegó a contar con más de setenta representaciones en todo el país. Sus actividades

se extendieron a todos los campos de la vida política y social del país, y los informes hallados demuestran que la envergadura de la campaña era desproporcionada con relación al número de habitantes de origen alemán que representaba. El odio que la guerra civil y el consiguiente empobrecimiento del país había desatado contra los norteamericanos, a los cuales se hacía responsables de, al menos una parte de la tragedia del pueblo mexicano, ayudó a la Aufklärungsdienst a acercarse a los altos funcionarios del Estado, a la juventud que realizaba estudios superiores, a cuadros medios de funcionarios y empleados, así como a trabajadores calificados.³⁹

De esta suerte las rivalidades y antagonismos entre las potencias se dejaron sentir en México a través de “pequeños ejércitos informales que actuaban en un medio turbulento pero formalmente neutral: entre

³⁸ Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 298.

³⁹ Ingrid Shulze Schneider, “La propaganda alemana en México durante la Primera Guerra Mundial”, *Anuario del Departamento de Historia*, núm. 5, Madrid, Editorial Complutense, 1993, p. 263.

agentes y espías”,⁴⁰ todo lo cual, de nueva cuenta, fue otra forma de intromisión en los convulsivos asuntos de la nación.

Si bien, como ya se destacó, en un principio las posiciones de Alemania y de Estados Unidos fueron concordantes en cuanto a la eliminación de Madero y su sustitución por Huerta, con la elección de Woodrow Wilson esa coincidencia dejó de existir. Por lo que hace a la Gran Bretaña, originalmente también respaldó la conspiración para encumbrar a Huerta, pero posteriormente modificó su posición; ya que Washington nunca lo reconoció y lo comenzó a hostigar, Londres no quiso entrar en conflicto con Estados Unidos para, eventualmente, poder contar con su solidaridad o apoyo en la guerra europea que se inició en julio de 1914. Francia también respaldó el ascenso de Huerta al poder, pero por las mismas razones que tuvo Inglaterra acabó poniendo “en manos de los Estados Unidos la protección de sus ciudadanos y de sus intereses, reconociendo, implícitamente, el liderazgo norteamericano”.⁴¹ Cuando Londres le retiró su apoyo al dictador Huerta, el káiser Guillermo II enfureció por considerar que Inglaterra y Francia estaban traicionando los intereses europeos en beneficio de los estadounidenses. Su furia fue mayor cuando fue informado que los banqueros británicos estaban proponiendo una intervención conjunta con Alemania para obligar a Huerta a renunciar: “¡Absolutamente no! Huerta es el único que puede mantener el orden en México; él tiene que quedarse [...] ¡Es decir, que en lugar de que Huerta renuncie bajo presión norteamericana, nosotros los europeos debemos presionarlo en vez de los norteamericanos para que éstos tengan la mano libre! ¡Qué tontería! Por lo que a mí respecta, Huerta se queda”.⁴²

No obstante, a la larga Huerta acabó siendo incómodo para todas las potencias, puesto que, por una parte, nunca logró tener el control efectivo del país, derrotar a sus rivales o restablecer la paz y, por la otra, su permanencia en el poder comenzó a ser motivo de fricción entre ellas. Alemania igualmente prefirió no seguir manteniendo una posición contraria a la del neutral Estados Unidos, que lo pudiera pre-

⁴⁰ Lorenzo Meyer, *Su majestad Británica contra la Revolución Mexicana. 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991, p. 242.

⁴¹ Pierre Py, *op. cit.*, p. 166.

⁴² Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 267.

disponer en su contra en el conflicto europeo en curso. El propio embajador von Hintze, contando con la autorización conjunta de Berlín y Washington, persuadió a su amigo dictador a que renunciara, aconsejándole que por el momento lo mejor que podía hacer era “ceder para [más adelante] poder saltar”.⁴³ Teniendo presente la carencia de apoyos externos y las continuas derrotas que le estaban infringiendo sus rivales en el campo de batalla, Huerta dimitió el 15 de julio de 1914 y abandonó el país en el buque alemán Dresden para asilarse en España.

La presidencia fue ocupada provisionalmente por Francisco Carvajal y Gual hasta el 13 de agosto, fecha en la que la transfirió a Venustiano Carranza, quien expulsó al embajador español Cologan y Cologan por su funesta actuación y rompió las relaciones diplomáticas con España por asilar al alcohólico Chacal. En lo concerniente a la guerra que se libraba en Europa, el 25 de septiembre el nuevo gobierno carrancista emitió la siguiente declaración: “El primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, declara y notifica a todos aquellos a quienes concierne, que México observará estricta neutralidad en el conflicto armado que existe entre Alemania, Austria, Hungría, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Japón, Montenegro, Rusia y Serbia.”⁴⁴

A pesar de la partida de Huerta, que supuestamente era lo que el presidente Wilson había estado buscando insistentemente, tuvo que transcurrir más de un año para que extendiera su reconocimiento a Carranza. Esto ocurrió hasta el 19 de octubre de 1915, cuando el secretario de Estado, Robert Lansing, envió una comunicación anunciando que se reconocía al nuevo “gobierno *de facto*”. De la misma forma indicó que se deseaba tuviera lugar el nombramiento recíproco de embajadores, pues desde la partida del nefasto Lane Wilson y del posterior rompimiento de relaciones diplomáticas por Huerta, la embajada de ese país estaba acéfala. Ante las dudas, vacilaciones y temores del gabinete wilsoniano de aceptar oficialmente a un personaje férreamente nacionalista que tajantemente se había opuesto a cualquier injerencia extranjera, bien fuera por la vía militar o mediante fallidos intentos ne-

⁴³ *Ibidem*, pp. 281-296.

⁴⁴ Fernando Serrano Migallón, *op. cit.*, p. 187.

gociadores, fueron los grandes propietarios y compañías del país vecino que tenían importantes intereses en el país los que concluyeron que sus intereses estarían mejor salvaguardados por un gobernante moderado como Carranza, que por líderes radicales con tendencias populistas y agraristas como Villa o Zapata. “Tanto Wilson como los secretarios de su gabinete, apoyados por los propietarios de minas y terratenientes en México de Texas, Nueva York, California y Luisiana inclinaron en gran medida la balanza en favor de los vencedores de la Revolución Mexicana”.⁴⁵ El ejemplo de Estados Unidos no tardó en ser emulado por las potencias europeas.

El que Huerta abandonara el país, sin embargo, no significó que los alemanes perdieran interés en él, puesto que en Barcelona fue contactado por los espías del capitán Franz von Rintelen, quienes en abril de 1915 lo ayudaron a trasladarse a Nueva York y luego a El Paso. La idea era que reingresara a México por la frontera para encabezar la oposición contra Carranza, de nuevo ocupara la Presidencia, y forjara una alianza con su leal “promotor”, el Imperio Alemán. Pero como sus movimientos fueron seguidos por agentes británicos y estadounidenses, fue arrestado en El Paso por violar las leyes de neutralidad en vigor. Aunque más tarde fue liberado bajo fianza, nuevamente fue recluido en el Fuerte Bliss, donde cayó gravemente enfermo y falleció el 13 de enero de 1916. Con su muerte se reveló que Berlín había destinado 27 millones de dólares para financiar acciones de sabotaje, espionaje y conspiración en Estados Unidos y México: de éstos, 12 se utilizarían para financiar la contrarrevolución que Huerta debería haber encabezado y 800 000 dólares fueron a dar a una cuenta personal del usurpador en el banco Deutsche de La Habana.⁴⁶ Una vez que Huerta dejó de ser una oposición para los siniestros planes de los germanos, comenzaron a jugar otras cartas.

⁴⁵ John Mason Hart, *op. cit.*, pp. 387-388.

⁴⁶ Theodore R. Fehrenbach, *Fire and Blood. A History of Mexico*, Nueva York, Macmillan Publishing, 1973, p. 301.

EL RENCOR DE VILLA CONTRA ESTADOS UNIDOS

El revolucionario Francisco Villa inicialmente había contado con cierta simpatía del gobierno de Wilson como posible candidato para sustituir a Huerta pero, como se precisó, al final se inclinó por Carranza, lo que mucho enfureció al Centauro del Norte. Más adelante y para contribuir a que el nuevo presidente pudiera restablecer el orden y la paz, las autoridades norteamericanas prohibieron la venta de armas a Villa, lo que acrecentó su furia y lo condujo a emprender una serie de acciones antinorteamericanas. Una de ellas ocurrió en Chihuahua el 10 de enero de 1916 cuando un grupo de villistas asaltaron un tren de la Compañía de Ferrocarriles del Noroeste de México en el que viajaban 16 mineros estadounidenses de la empresa ASARCO, mismos que fueron fusilados. La acción más radical que tomó, con respecto a la cual existen fundadas sospechas que fue sugerida o alentada por agentes del Imperio Alemán, fue el ataque al poblado fronterizo de Columbus en el estado de Nuevo México.

Amén del rencor que abrigaba contra el gobierno de Wilson, se presentó la circunstancia de que un traficante de armas llamado Samuel Ravel, que le había vendido armamento en mal estado, se encontraba en Columbus y de que el Columbus State Bank en el que los villistas tenían una cuenta se había rehusado a pagar unos cheques expedidos por ellos. Así, el 9 de mayo de 1916 atacó dicha población, saqueó el banco, incendió varios edificios, y pese a que no pudo capturar a Ravel porque se había trasladado a El Paso, sí detuvo a su hermano. En el ataque murieron 17 estadounidenses y 167 villistas.

Con el propósito de apresar a Villa y castigarlo, Washington solicitó autorización oficial para que ingresara al territorio nacional el famoso general John. J. Pershing al frente de 4 800 soldados, lo que obviamente tensionó de nuevo las ya de por sí frágiles relaciones entre los dos países. El gobierno mexicano, consciente de que negarse podía desatar una guerra, puesto que de todas formas se internarían ante la evidencia de que sus fuerzas no habían podido someter a los villistas, legitimó jurídicamente su ingreso reviviendo un viejo tratado del Porfiriato que permitía el paso recíproco de tropas para perseguir maleantes o indios rebeldes. Si bien se trató de una nueva vulneración

de la soberanía nacional por parte de Wilson, se logró evitar el desenlace fatal de una guerra que, en el contexto del muy difícil panorama interno que Carranza seguía confrontando, menos deseaba.

Este episodio puso, una vez más, en evidencia las contradicciones de la política wilsoniana, pues aunque el presidente pretendió que su gobierno se convirtiera en el símbolo de la política exterior idealista apegada a principios éticos y morales, no dejó de emplear la fuerza y las operaciones clandestinas.

México fue el escenario del primer intento conocido de asesinato auspiciado por Estados Unidos [...] el ejército norteamericano pagó a cuatro ciudadanos mexicanos para envenenar al líder revolucionario Francisco Villa. La operación destinada a colocar veneno en el café de Villa fue ordenada por un miembro del Estado Mayor del general John Pershing, pero el atentado falló. Como aparentemente Pershing pidió no divulgar la información al respecto, la operación permaneció encubierta hasta 1980.⁴⁷

La incursión fue infructuosa puesto que Pershing y sus tropas (que se incrementaron hasta 10 000 soldados) permanecieron en el norte del país por más de 11 meses (de marzo de 1916 hasta febrero de 1917), sin lograr arrestar o asesinar a Villa, por lo que tuvieron que regresar a su país de origen con las manos vacías ante su inminente participación en la Primera Guerra Mundial. La nueva acción militar, sin embargo, contribuyó a fortalecer la posición de Carranza, puesto que como en lo sucesivo Villa ya no pudo adquirir armas o vender el producto de sus saqueos en suelo estadounidense, y mucho menos volver a cruzar la frontera, perdió fuerza y ocupó un muy segundo lugar en la lucha que seguían librando los caudillos revolucionarios, hasta que fue asesinado el 20 de julio de 1923.

LA ALIANZA PROPUESTA POR ALEMANIA

En vista de que las estrategias centradas en los enemigos de Carranza destinadas a provocar un choque entre México y Estados Unidos

⁴⁷ Stephen F. Knott, *Secret and Sanctioned: Covert Operations and the American Presidency*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, p. 155.

nunca fueron exitosas, Berlín finalmente decidió emprender la acción más temeraria de todas las que hasta el momento había intentado, dirigida al propio Carranza. Con fecha 16 de enero de 1917 el ministro de Relaciones Exteriores del Imperio Alemán, Arthur Zimmerman, envió un telegrama cifrado a su representante en México, conde Heinrich von Eckhardt, en el que se le ordenaba proponer al presidente mexicano concertar una alianza en contra de Estados Unidos si esa nación abandonaba la neutralidad. Como no existían líneas telegráficas directas entre Berlín y la Ciudad de México, el telegrama fue enviado al embajador alemán en Washington, conde Johann Heinrich von Bernstorff, pidiéndole retransmitirlo a la misión diplomática germana en nuestro país. Tal como se aprecia en el texto que se cita a continuación, la propuesta consistía en forjar una alianza para, conjuntamente, hacerle la guerra a Estados Unidos en caso de que decidiera involucrarse en el conflicto europeo iniciado desde 1914, pues aunque hasta el momento se había mantenido neutral, se preveía que el inicio, en el próximo mes de febrero, de una fuerte ofensiva de submarinos alemanes contra todo barco que comerciara o se dirigiera a Inglaterra pudiera provocar una reacción adversa por parte de Washington.

Cabe recordar, tal como se mencionó en las primeras páginas, que desde 1796 prevalecía en Estados Unidos la tendencia aislacionista opuesta al involucramiento en un conflicto europeo, habiéndose limitado las aventuras bélicas al continente americano y sus zonas adyacentes. A pesar de que desde el fin de la Guerra Civil de Secesión (1861-1865) el país se había convertido en una potencia económica, “todavía no era una potencia mundial en la forma que generalmente se reconocían a los más importantes países de Europa”,⁴⁸ de cuyas luchas prudentemente siempre se había apartado. El propio Woodrow Wilson, no obstante las temerarias acciones que llevó a cabo en México, se proclamó como un pacifista, temeroso de que el pueblo norteamericano fuera arrastrado a una conflagración internacional, por estimar que “una vez que este pueblo sea conducido a una guerra, olvidará que alguna vez existió la tolerancia [...] el espíritu de rudeza brutal penetrará cada una de las

⁴⁸ Paul Johnson, *op. cit.*, p. 537.

fibras de nuestra vida nacional”.⁴⁹ En consecuencia, tan pronto como se inició la Primera Guerra Mundial, el 4 de agosto de 1914, “emitió una proclamación de neutralidad. Dos semanas después pidió a los estadounidenses ser imparciales en pensamiento y también en sus acciones”⁵⁰ respecto de los contendientes europeos. De cualquier forma era evidente que las elites políticas y económicas de la nación estaban convencidas de que, tarde o temprano, tendrían que participar en la contienda, ya que sería sumamente perjudicial y peligroso para los intereses del país que Alemania llegara a dominar Europa. Lo único que dichas élites necesitaban era un buen pretexto para vencer las reticencias de la opinión pública y de muchos políticos pacifistas, mismo que, dicho sea de paso, los alemanes torpemente le dieron.

A cambio de que México aceptara forjar la alianza, recibiría generosa ayuda económica y militar, y también —¡de ganarse la guerra!— recuperaría los territorios de Texas, Nuevo México y Arizona que le fueron arrebatados por Estados Unidos en la guerra de 1846-1848. El telegrama extrañamente no mencionó California, pero la publicación del original del mismo en 2014⁵¹ aclaró la omisión. Al margen izquierdo tiene una anotación manuscrita que indica que dicho estado sería ofrecido a Japón, país respecto del cual a México se le asignaba también la poco grata tarea de “invitarlo” a formar parte de la alianza.

Tenemos la intención de iniciar el primero de febrero una contienda ilimitada con submarinos. Nos esforzaremos, a pesar de ello, por mantener neutral a Estados Unidos de América. En caso de que no lo logremos, hacemos a México una propuesta de alianza con base en lo siguiente: haremos la guerra juntos, haremos la paz juntos, apoyo económico generoso y la comprensión por nuestra parte de que México debe reconquistar el territorio perdido de Texas, Nuevo México y Arizona. La elaboración detallada queda en sus manos. Su Excelencia comunicará lo anterior en forma absolutamente secreta al presidente tan pronto como estalle la guerra con Estados Unidos, añadiendo la sugerencia de que invite a Japón a que entre de inmediato en la alianza, y

⁴⁹ *Ibidem*, p. 536.

⁵⁰ *Idem*.

⁵¹ Abida Ventura, “El telegrama que cambió la historia del mundo”, *El Universal*, México, sábado 26 de julio de 2014, p. E 13.

al mismo tiempo sirva de intermediario entre nosotros y el Japón. Por favor llame la atención del presidente al hecho de que el cruel empleo de nuestros submarinos ofrece la perspectiva de obligar en pocos meses a Inglaterra a hacer las paces. Zimmerman.⁵²

El telegrama, sin embargo, fue interceptado por la oficina Habitación 40 de la Inteligencia Naval Británica, y no obstante que su contenido brindaba a Londres un poderoso argumento para convencer a los renuentes estadounidenses de la perfidia alemana y de que era en su interés participar en la contienda al lado de los ingleses, le planteó dos serios dilemas. En primer lugar, al informar a Washington sobre el particular se revelaría que estaban espionando e interceptando las comunicaciones que se dirigían de Europa hacia Estados Unidos, máxime que Washington, en su carácter de neutral, autorizaba que Berlín se comunicara con su misión diplomática en la capital norteamericana a través de sus propias líneas telegráficas oficiales. En segundo, también revelaría que se habían logrado descifrar los códigos secretos de Berlín, por lo que de inmediato los cambiarían y los británicos perderían la ventaja estratégica que tenían al poder decodificar sus instrucciones militares. Lo que se hizo para sortear esos escollos fue obtener, a través de un espía en la Ciudad de México —supuestamente con un soborno—, el texto del telegrama que se recibió en la oficina de correos de la misma, que fue transmitido por la línea comercial que operaba las comunicaciones telegráficas entre México y Estados Unidos.

Una vez hecho del conocimiento de las autoridades estadounidenses tuvo un efecto de búmeran, pues fue el pretexto que Wilson necesitaba para declararle la guerra a Alemania. Para enfatizar la perniciosa intención de los germanos igualmente se recordó que 128 estadounidenses (de un total de 1 200 pasajeros) habían perecido cuando sus submarinos hundieron el barco mercantil británico RMS Lusitania, lo que ocurrió dos años antes en mayo de 1915 y se hizo por sospechar que transportaba secretamente armamento para los ingleses. Tal como lo indicaba el telegrama, la mayor ofensiva submarina que se iniciaría

⁵² Harry Thayer y Marjorie Locke Mahoney, *El espionaje en México en el siglo xx*, México, Grupo Patria Cultural, 2000, p. 113.

en febrero representaba una clara amenaza para la sacro santa seguridad nacional, porque seguramente cobraría más vidas estadounidenses. Wilson solicitó al Congreso la declaración de guerra el 2 de abril y éste accedió el día 6, con lo que se modificó radicalmente el equilibrio de fuerzas en Europa y Estados Unidos abandonó en definitiva su posición aislacionista. La participación estadounidense fue crucial, pues de no haberlo hecho Alemania hubiera ganado la guerra.

Explicablemente y como parte de sus planes de guerra, de inmediato Washington envió a México a un nuevo embajador, Henry Pather Fletcher, con la urgente misión de presentar un fulminante ultimátum. Como estaban al tanto de la descabellada propuesta alemana, demandaban que el gobierno mexicano rompiera las relaciones diplomáticas con su ahora enemigo, pues de no hacerlo significaría que la había aceptado y ellos nos declararían la guerra. Para el gobierno de Carranza la coyuntura era sumamente grave y peligrosa, pues amén de que lógicamente deseaba mantener la neutralidad y no dejarse arrastrar a una lucha que nos era totalmente ajena, el no romper dichas relaciones se traduciría en una lucha armada con el vecino del norte. Pero, si lo hacía, automáticamente también se enfrentaría con Alemania, la que tenía planeado comenzar a sabotear los pozos petroleros —que principalmente estaban en manos de empresas estadounidenses y británicas— con el fin de provocar una intervención militar estadounidense para protegerlos, desatándose así la guerra bilateral que desde tiempo atrás estaba buscando provocar. La mejor fórmula que se encontró para lidiar con esa apremiante y espinosa situación fue utilizar la astucia y el ingenio diplomático.

En lo tocante a Estados Unidos, el secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar, recibió al nuevo embajador Fletcher para que le entregara las copias de sus cartas credenciales, ocasión en la que formuló su fulminante ultimátum. La muy cortés respuesta de Aguilar fue que, por una parte, México tenía la firme intención de mantenerse neutral y que no tenía conocimiento alguno sobre la propuesta alemana o del telegrama que mencionaba. Por la otra, que en estricto apego a los procedimientos que establece el derecho diplomático, no podía recibir su ultimátum porque aún no estaba debidamente acreditado como nuevo representante de su país, lo que sólo podía formalizarse

hasta que entregara el original de sus cartas credenciales al jefe del Estado mexicano, es decir, al presidente Carranza. Pero como el titular del Poder Ejecutivo se encontraba en esos momentos en la ciudad de Querétaro participando en las deliberaciones para aprobar una nueva Constitución, debería esperar a que regresara a la capital para que pudiera acreditarse debidamente y presentar el ultimátum. Isidro Fabela señala al respecto:

Demorar cuanto más se pudiera la presentación de credenciales del ya nombrado embajador estadounidense en México, señor Fletcher, evitando así que dicho plenipotenciario cumpliera las ordenes que le daba Washington, las cuales eran terminantes: o Carranza rompía inmediatamente sus relaciones con Alemania para demostrar con ese hecho que no tenía ninguna componenda con ella contra Estados Unidos, o el gobierno estadounidense le declaraba la guerra a México.⁵³

La estrategia fue arriesgada, pero exitosa, puesto que el diplomático tuvo que esperar pacientemente el retorno de Carranza para poder cumplir con su urgente cometido.

Por lo que hace a los alemanes, si bien Carranza al principio asumió una posición antigermana por el apoyo que brindaron a Huerta, posteriormente vio en su intención de acercársele una buena posibilidad de “sacudirse la presión a que los sometían norteamericanos y británicos; así, pues, llegó a manifestar una actitud de interés hacia Alemania encaminada a revivir la vieja política mexicana de valerse de su cercanía con una gran potencia para neutralizar las acciones negativas de otra”.⁵⁴ Cuando presentaron su temeraria oferta no fue rechazada tajantemente, sino que se les “dio largas” a fin de que precisaran con mayores detalles el tipo y condiciones de la asistencia que brindarían. Mediante la audaz estrategia de prolongar las conversaciones y de no decir sí, ni no, se logró evitar que condujeran el sabotaje de la producción y distribución de petróleo y, simultáneamente, mantener asustados a los Aliados con la posibilidad de acceder a la propuesta de su enemigo. En síntesis, aunque Carranza “no se propuso aceptarla incondicionalmen-

⁵³ Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 247.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 242-243.

te, tampoco la rechazó” y de la incertidumbre que creó con su actitud sacó “el mejor partido posible”⁵⁵ para los intereses nacionales frente a Berlín, Washington y Londres.

Cuando finalmente Carranza regresó de Querétaro y pudo recibir el embajador Fletcher, le indicó que

no tenía por qué romper relaciones con Alemania, pues había una declaración de neutralidad respecto al conflicto europeo y que no consideraba justa la declaración de guerra por parte de Estados Unidos, dado que no existía razón para ello. Agregó que él no había recibido el telegrama del ministro alemán, y que de haberlo recibido lo hubiera rechazado como una absurda propuesta sin sentido común”.⁵⁶

A los alemanes posteriormente se les dejó ver que, como Estados Unidos ya les había declarado la guerra, era imposible concertar una alianza porque de inmediato México se convertiría en enemigo de la nación vecina y éramos un país neutral, pero que en cualquier forma persistía el interés en llegar a un entendimiento sobre la planeada cooperación germano-mexicana.

De esa manera

el gobierno mexicano, al que las grandes potencias veían únicamente como un instrumento maleable para sus propias políticas, logró invertir los papeles y explotar en su beneficio las rivalidades de aquéllas. Ni los planes norteamericanos, ni los británicos, ni los alemanes dieron los frutos apetecidos. Carranza, sin embargo, obtuvo el retiro de la expedición norteamericana [del general Pershing], la abstención alemana en cuanto a sus actividades de sabotaje y, por último, la neutralidad de su propio país.⁵⁷

Con el involucramiento de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, México perdió interés para Washington y Berlín, puesto que tuvieron que concentrarse prioritariamente en su confrontación, siendo suficiente para ambos que se mantuviera neutral. Carranza, por su par-

⁵⁵ *Ibidem*, p. 247.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 307.

⁵⁷ Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 226.

te, se libró por el momento de las presiones e injerencias extranjeras de las que el país había sido objeto desde 1911 y pudo atender mayormente los delicados problemas internos que se comenzaron a abordar bajo el nuevo marco jurídico de la Constitución de 1917.

COMENTARIOS FINALES

Como se puede deducir de todo lo anteriormente reseñado, el inicio del siglo xx fue sumamente atribulado y difícil para el mundo y para México. En el primer ámbito, la brutal y devastadora Gran Guerra —que no tardaría en ser superada por otra más grande y más brutal— aniquiló violentamente el orden mundial heredado del siglo xix, las pasajeras ilusiones de paz y progreso de la *Belle Époque*, la supremacía europea, poderosos imperios como el alemán, el austriaco, el ruso y el otomano, propulsó a Estados Unidos hacia la cumbre del poder planetario y se inició el proceso de descolonización a cargo de la Sociedad de las Naciones creada en 1919. No obstante que se forjó una estructura internacional nueva y diferente, resultó ser muy endeble y el terreno fue propicio para que germinara la semilla de los regímenes totalitarios de la posguerra, que a partir de 1939 arrastraron al mundo hacia la peor de todas las hecatombes de la historia.

En el caso de México, trágicamente se combinaron los violentos cambios acaecidos en el mundo con los que tuvieron lugar en el propio país. Si bien las causas de la problemática nacional fueron endógenas, los intereses y ambiciones de las grandes potencias la aprovecharon para sus propios fines, puesto que ello formó parte de la lucha que libraban en pos de la supremacía mundial que condujo a la Primera Guerra Mundial.

Tanto la intención de dichas potencias de involucrar a México en sus conflictos, como su oposición a las reivindicaciones nacionalistas que enarboló la Revolución de 1910, condujeron a una insidiosa injerencia en nuestros asuntos internos. Dicha injerencia se manifestó tanto en la participación de embajadores extranjeros en el complot para derribar y asesinar al presidente Madero, como en intervenciones militares, tentativas negociadoras y propuestas de alianzas, todo lo cual tuvo el propósito de propiciar que nuestros problemas se resolvieran

conforme a sus intereses y ambiciones. Bajo esa compleja coyuntura fue sumamente arduo y tortuoso poderse mantener neutral frente al conflicto de 1914-1918 y, al mismo tiempo, atender la problemática nacional sin injerencias extranjeras. A pesar de todo, se salió airoso gracias a la tenacidad, habilidad y visión nacionalista de líderes como Venustiano Carranza, que en todo momento normaron su conducta y acciones conforme a los intereses supremos de la nación.

Bajo ese adverso panorama —y pese al mismo— se logró aprobar la Constitución de 1917, que necesaria y obligadamente recogió las aspiraciones y reivindicaciones nacionalistas de la Revolución, así como las experiencias que se tuvieron en esos convulsivos años. Con base en lo vivido en el periodo se formuló la Doctrina Carranza sustentada en los principios de la libre autodeterminación de los pueblos, de la no intervención en los asuntos internos de las naciones, de la igualdad jurídica de los Estados, de la solución pacífica de las controversias, y del derecho soberano sobre los recursos naturales de la nación, que se reflejó nítidamente en las disposiciones de la nueva Carta Magna. Como lo precisa el gran jurista e internacionalista Isidro Fabela: la Doctrina Carranza fue uno de los grandes productos de la primera gran revolución social del siglo xx que cobró forma jurídica y de “doctrina liberadora” en los artículos 27 a 123 del nuevo texto constitucional, que en lo sucesivo serían la “orientación social y política de las nuevas generaciones, no sólo de América, sino de otros países del mundo”.⁵⁸

No obstante que el primer conflicto global, y en particular la incorporación de Estados Unidos en el mismo a partir de 1917, alejaron a las grandes potencias de México y le dieron un necesario respiro, cuando concluyó su atención se volvió a centrar de forma negativa en la Constitución que consagró las aspiraciones revolucionarias. Su parecer fue que había sido obra de “los enemigos del capitalismo, o de quienes están al servicio del comunismo o de agentes subversivos de Alemania”.⁵⁹ El propio presidente Woodrow Wilson que salió de la guerra como líder mundial, vencedor indiscutible de la misma⁶⁰ y campeón de la

⁵⁸ Fernando Serrano Migallón, *op. cit.*, p. 344.

⁵⁹ Walter Astié-Burgos, *Encuentros y desencuentros...*, *op. cit.*, p. 94.

⁶⁰ Fue el gran artífice de los acuerdos de paz, principalmente del Tratado de Versalles de 1919 que se redactó de acuerdo con sus famosos 14 puntos. Los primeros artículos

democracia, la llegó a calificar como un ataque contra el sistema capitalista, la democracia y la propia civilización. Lo anterior no fue de extrañar, ya que la Revolución Mexicana y su producto constitucional fueron el primer gran desafío “al orden mundial, a las potencias industrializadas y acreedoras, así como a las naciones capitalistas, efectuado por una nación subdesarrollada que trataba de imponer control sobre su economía y reformar su sistema interno”.⁶¹ Por ende, durante la posguerra la política exterior de Estados Unidos se encaminó a tratar de “controlar, cooptar o manejar inteligentemente este primer desafío tercermundista”,⁶² hasta que después de muchos nuevos altercados y altibajos en nuestras relaciones bilaterales, finalmente “Estados Unidos llegó a un acuerdo con la Revolución —violenta o institucionalizada—, y la Revolución estuvo de acuerdo con Estados Unidos”.⁶³

FUENTES CONSULTADAS

Bibliográficas

- ASTIÉ-BURGOS, Walter, *Encuentros y desencuentros entre México y Estados Unidos. Del Porfiriato a la posguerra fría*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- , *Los siglos y las ciudades de Elena*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2009.
- ACEMOGLU, Daron y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Ediciones Culturales Paidós, 2012.

de dicho tratado se refieren a la creación de su más importante iniciativa que fue la Sociedad de las Naciones, a la cual originalmente no se invitó a México por ser un país revolucionario. Ingresamos a ella hasta 1931. Cabe recordar que EUA nunca llegó a ser miembro de dicha Sociedad porque, tras el fin de la guerra, resurgió el sentimiento aislacionista que impidió que el Senado ratificara su documento constitutivo, con lo que la organización estuvo condenada al fracaso desde el principio.

⁶¹ Joseph Smith Freeman, *The United States and Revolutionary Nationalism in México 1916-1932*, Chicago, University of Chicago Press, 1972, p. X.

⁶² Alan Knigh, “Cómo lidiar con el sistema estadounidense: una visión histórica 1910-1995”, en Rodolfo O. de la Garza et al., *México y su interacción con el sistema político estadounidense*, México, CIDE, 2000, p. 25.

⁶³ *Ibidem*, p. 66.

- De la intervención diplomática a la invasión armada: México frente a Estados Unidos durante 1914*, México, Secretaría de Marina-Armada de México e INEHRM, 2014.
- DEGREGORIO, William A. *The Complete Book of US Presidents*, Nueva York, Wings Books, 1993.
- FEHRENBACH, Theodore R., *Fire and Blood. A History of Mexico*, Nueva York, Macmillan Publishing, 1973.
- FERRO, Marc, *Histoire des Colonisations. Des conquêtes aux indépendances XIII-XX siècles*, Paris, Editions du Seuil, 1994.
- FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
- GARCÍA NARANJO, Nemesio, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Letras, 1970.
- HOBBSAWM, Eric, *The Age of Revolution: 1789-1848*, Nueva York, Vintage Books, 1996.
- , *The Age of Empire 1875-1914*, Nueva York, Vintage Books, 1989.
- JOHNSON, Paul, *History of the American People*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997.
- KATZ, Friedrich, *La guerra secreta en México*, México, Ediciones Era, 1993, t. II.
- KISSINGER, Henry, *Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.
- KNIGHT, Alan, “Cómo lidiar con el sistema estadounidense: una visión histórica 1910-1995”, en Rodolfo O. de la Garza *et al.*, *México y su interacción con el sistema político estadounidense*, México, CIDE, 2000.
- KNOTT, Stephen F., *Secret and Sanctioned: Covert Operations and the American Presidency*, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- LLANES, Carlos (comp.), *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.
- LÓPEZ VEGA, Antonio, *1914 El año que cambió la historia*, México, Santillana Ediciones Generales, 2014.
- MASON HART, John, *El México Revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial, 1991.
- MCBRIEN, Richard P., *The Lives of the Popes. The Pontiffs from St. Peter to John Paul II*, Nueva York, Harper San Francisco, 1997.
- MEYER, Lorenzo, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana. 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991.
- PY, Pierre, *Francia y la Revolución Mexicana 1910-1920*, México, FCE, 1991.
- SERRANO MIGALLÓN, Fernando (coord.), *Con certeza y visión: Isidro Fabela y su tiempo*, México, FCE, 2000.

- SILVA HERZOG, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1960.
- SMITH FREEMAN, Joseph, *The United States and Revolutionary Nationalism in México 1916-1932*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.
- STARR, Frederick, *Mexico and the United States: a Study of Revolution, Intervention and War*, Chicago, The Bible House, 1914.
- STERLING, Manuel Marcos, *Los últimos días del presidente Madero*, México, SEP/INEHRM, 2013.
- THAYER, Harry y Marjorie Locke Mahoney, *El espionaje en México en el siglo XX*, México, Grupo Patria Cultural, 2000.
- TORTELLA, Gabriel, *La revolución del siglo XX: capitalismo, comunismo y democracia*, Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, 2000.
- TOYNBEE, Arnold, *La Grande Aventure de l'Humanité*, Paris/Bruselas, Elsevier Sequoia, 1977.
- VILLANUEVA, Cecilia, “Manuel Calero y Sierra”, en *Cancilleres de México 1910-1988*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Talleres Gráficos de la Nación, 1993, t. II.

Hemerográficas

- SHULZE SCHNEIDER, Ingrid, “La propaganda alemana en México durante la Primera Guerra Mundial”, *Anuario del Departamento de Historia*, núm. 5, Madrid, Editorial Complutense, 1993.
- VENTURA, Abida, “El telegrama que cambió la historia del mundo”, *El Universal*, México, sábado 26 de julio de 2014.

